

El armario de Carola

Carola Mola



Capítulo 1

Uno.

Entro el segurata en el baño, me había hecho ojitos en la entrada de la discoteca, mientras, yo me miraba en el espejo y me arreglaba el pelo. Él se bebía una coca cola en botella de cristal, había usado el baño de las chicas para hacer una meada. Nos cruzamos la mirada en el espejo, me sonrió y paro de beber. Me gire hacia él. Confieso que yo fui al baño porque sabía que acabaría viniendo. Quería sentir el morbo de saber que yo le atraía, que me deseaba, y eso me hacía sentir traviesa. Se giró hacia mí. Le di las gracias por invitarme al chupito de ron. Se acercó aún más, pero yo retrocedí. Entro otro segurata, al vernos soltó una carcajada y cerró la puerta del baño tras él. Mi corazón se aceleró. Me agarro por la cintura con fuerza, sin pedir permiso, sin miramientos. Le dije que no, me solté. Él sonrió y me intento besar. Me aparte y fui hacia la puerta, él fue más rápido y me cogió por la espalda, me estampo contra la puerta de un baño y pude sentir sus, ahora, asquerosas manos dentro de mi camisa. Hice fuerza y empecé a gritar que me soltara. No cedía. Me agarraba con fuerza y no paraba de repetirme zorra. Mientras, se bajaba la bragueta, me pude escabullir hasta que me atrapo por detrás y me volvió a empujar, esta vez contra el lava-manos. Cuando ya tenía sus genitales fuera, fue a por mí cremallera del pantalón. Vi la botella de coca cola a un lado de la encimera, él seguía haciendo fuerza para bajar esa cremallera que se le resistía. Mi cabeza reacciono, agarre la botella con fuerza, la rompí contra el mármol del lavamanos, se apartó rápido, y con el trozo de cristal descuartizado que me quedo en la mano y la ventaja de separación que se había creado entre nosotros se la clave. Se la clave donde creí que no llegaría a desangrarse. En la parte derecha del tronco, en el muslo derecho y en la parte centro de arriba de la espalda. Lo mire regocijares en el suelo mientras me gritaba puta. Le mire a los ojos y luego a mis manos. Estaban llenas de sangre, y mí camisa blanca estaba salpicada por gotitas rojas, que incluso crearon un bonito dibujo. Deje la botella al lado del lavabo. Me lave las manos, me las seque, abrí la puerta del baño y salí sin más. Como si nada hubiera pasado. Empezó a sonar mala mujer, C de Tangana. Pude ver como el otro segurata que antes había entrado en el baño estaba apoyado en la barandilla del piso de arriba. Al cruzarnos las miradas ladeo la cabeza y me regalo una asquerosa sonrisa, creyendo que su compañero había tenido una más de las tantas corridas de esa noche. Fui directamente al guarda-ropa a coger mi abrigo. No me despedí de mis amigas y salí de ese antro. Cogí un taxi y llegue a casa. Al llegar vislumbre que mis compañeras de piso no habían bajado la persiana del comedor. Entraba la luz de la media luna de esa noche y me entraron ganas de fumar. No tenía tabaco, lo deje hace un par de años. Pero Carla estaba empezando con el vicio. Así que entre en su habitación siendo la persona más sigilosa de la faz de la tierra. Tenía el bolso colgado en el pomo de la puerta, metí la mano y encontré la cajita y el mechero. Fui a

la terraza me senté e inhale un cigarrillo. Esa mierda que tan bien me sentó, que se iba metiendo en mis pulmones. Al soltarlo por la boca, el soplo me dejó liberada. Me sentía libre, como si me hubieran quitado un peso de encima. Me sentía flotar. Ni siquiera tenía remordimientos, no me sentía culpable de nada. Apague el cigarro, y fui directa a la cama. Ese día dormí como nunca había dormido.

Capítulo 2

Dos.

Mientras leía un libro matando las horas muertas de ese 27 de julio en el sofá de casa, con la luz anaranjada de la lámpara del salón encendida, de repente me vino a la mente sus ojos, esos ojos oscuros, llenos de rabia y dolor. Pude ver reflejado, a través de ellos, el sufrimiento que padecía con cada uno de los agujeros profundos que le deje marcados en su piel. Esas cicatrices merecidas que le quedarían de por vida, le harán retroceder cada vez que meta sus sucias manos por debajo de la camisa de alguien sin su consentimiento.

Habían pasado varias semanas y no lo había hablado con nadie, de hecho ni pare a pensarlo. Me olvide de lo sucedido, como cuando se te olvida comprar el pan. Entonces recordé que aún no había limpiado la camisa blanca que llevaba esa noche. La cogí de la maleta sin deshacer y la sujete delante, la observe con detenimiento. Dibujaba una hilera de gotitas rojas que ahora estaban secas y algunas incluso con relieve. Esa hilera formaba un espiral justo debajo del pecho izquierdo. Quedaba un dibujo perfecto. Cogí hilo rojo y una aguja que mi madre guardaba en el costurero. Encima de cada gota hice una puntada creando una redondita pequeña. Cuando termine me la puse y me quede delante del espejo observándome con aquella camisa, la prenda ahora parecía otra totalmente distinta. Me quede inmóvil delante del espejo, me acerque más para apreciarla bien y al apartar la vista de la camisa me fije que detrás de mí había una silueta. Era él que estaba sonriéndome, con el torso descubierto y manchado de sangre. El corazón me dio un vuelco, cerré los ojos y al abrirlos vi la cara de asombro de mi hermana.

- ¿Qué coño llevas puesto?-

- Una camisa nueva, a que mola?- me gire y se la enseñe, apuntándola con los dos dedos índices.

- Es muy simple... Por cierto a qué hora has llegado? No le has dicho nada a mamá y estaba preguntando por ti!

Mi hermana Elva y yo somos muy distinta, pero nos complementamos y eso nos hace estar muy unidas. Los fines de semana cuando podemos escaquearnos de la locura de la gran ciudad, Elva y yo regresábamos al nido. Nuestro pequeño pueblo situado entre montañas, el que nos vio crecer, caernos, rendirnos, enamorarnos, llorar, reír sin parar, pero sobretodo, el que nos vio convertirnos en las mujeres que hoy en día somos. Venimos de una familia muy unida y es impensable que pasemos más de dos meses sin vernos. Aunque con el tiempo esa regla se ha ido desvaneciendo y han pasado a ser tres meses, seis meses o incluso doce.

Cuando pasa tal cantidad de tiempo mamá se inventa alguna excusa turbia para que regresemos.

Debería contárselo a Elva? Ella lo entendería, ella que es un alma libre sin límites. Pero hay algo en mí que no quiere decírselo. De momento me apetece guardarlo como mi secreto más oscuro. Suena el móvil, resto un rato inmutable y luego reacciono.

-Tía qué te pasa? No coges las llamadas, no contestas a los whatsapps, pasas de mí. No entiendo nada.

- Relaja amiga, estoy bien. Solo necesitaba un poco de aire fresco, espacio. Me he venido al pueblo.

- Te vas de la fiesta sin decir nada. No sabes lo mal que lo pasamos...que lo pase, vamos. Además hubo una movida con uno de los seguratas.

-Cómo?- se me acelero el pulso. Quería saber más.

-Sí, el segurata con el que estuvimos hablando. Se ve que alguien le metió bien metido. Nos hicieron salir de la fiesta e irnos para casa.

-Pero se sabe quién fue o cómo fue?-

-Ni idea, cuando nos hicieron salir me preocupe por ti. Te estuve llamando toda la noche y la mañana siguiente. Lugo pensé que te habías ido con algún tio.- Carraspeo.

- No...-

- Y porque no dijiste nada, no lo entiendo. Georgina se ve que se quedó un rato fuera de la discoteca para husmear y de mientras seguir ligando con los seguratas. Yo me fui al no verte.

- Georgina no dijo nada más de lo que pasó?

-Pues no, dice que vino la ambulancia y la policía. Pero solo vio cómo se llevaban al segurata y a nadie más. No se sabe nada de quién lo zurro.

- Vaya... Bueno tengo que colgar, tengo cosas que ha...- me corto

- Sigo sin entender tu comportamiento. Espero que el lunes cuando nos veamos me cuentes que te pasa.

- No me pasa nada Martina, de verdad-

- Bueno, nos vemos entonces. Adiós- Esperó que yo contestará algo antes

de colgar.

-Bye...- Tarde unos segundos en colgar y ella seguía esperando que le dijera algo más. Colgué.

Martina y yo somos amigas desde de la universidad. Es el prototipo de chica guapa, pelo rubio y liso, ojos claros, facciones bien colocadas y siempre muy coqueta. No es demasiado alta, más bien bajita. Nos presentó Georgina, en realidad fue con ella con la que congenie el primer día. Luego Georgina conoció a Martina y las tres formamos nuestra pandilla. Íbamos a un ritmo distinto a los de la clase. No teníamos muy buena relación con el resto, nos centramos en nosotras tres y el resto no importaba.

Recuerdo esos días como unos días de nuevas experiencias para mí. Yo por ese entonces me tuve que independizar de mis padres porque tuve que "emigrar" a la gran ciudad para ir a la universidad. Era como empezar una nueva vida dejando atrás a la pequeña Carola y empezar a crecer.

Salíamos mucho de fiesta y rápido supimos como camelarnos a todo el que hiciese falta para entrar gratis a las discotecas, beber gratis o echar un buen polvo con el camarero más buenorro.

Una noche, mientras estábamos de fiesta por el centro, salimos fuera a fumar, borrachas empezamos a hablar con un grupo de chicos. Georgina era la gran orquestadora, Martina y yo no parábamos de reír y de hacer el gilipollas. Un chico del grupo se nos acercó.

-Sois bolleras?- Martina y yo nos miramos y nos empezamos a reír fuertemente.

-¿Por qué lo preguntas?- deje ir el humo del cigarrillo en su cara.

- Pues porque estáis muy buenas y podríamos hacer un trio-

- Capullo- soltamos las dos a la vez y nos volvimos a echar a reír. Martina paro en seco de descojonarse y se me quedo mirando fijamente. – En verdad haríamos buena pareja no crees?-

- De que estas hablando- la mire extrañada.

- Eso, tú y yo...como pareja, estaría guay- No sé si lo decía en serio o era el alcohol en sangre que llevaba encima, pero me planto un morreo delante de todo el mundo. Cuando se apartó me dejo con la boca de besugo, esa que se te queda después de un beso que no esperas y quieres más. Acto seguido todo el grupo de tíos empezaron a gritar y a decir idioteces. Georgina se quedó desubicada y no sabía qué hacer. Se

acercó hacia nosotras y nos metió hacia la discoteca.

-Queréis parar de hacer el imbécil?- nos dio un empujón a las dos en el hombro y se metió para dentro. Martina y yo nos miramos.

-Claro, como hemos acaparado la atención que ella tenía con sus maromos, reacciona de esta manera.- No empieces...- La agarre de la mano y me la lleve para adentro. La música nos engulló. Fuimos a buscar a Georgina y la encontramos con otro tío hablándose muy cerca, el volumen estaba muy alto, aunque los dos seguramente se aprovecharon de eso para arrimarse cada vez más.

La música empezó a meterse dentro de mí y las luces de colores intermitentes me hicieron excitarme cada vez más. Empecé a bailar al ritmo del reggaeton, cerré los ojos y me deje llevar. Cuando los abrí vi a Martina delante de mí bailando, moviendo los brazos por su cuerpo, los elevaba hacia arriba y se acariciaba el pelo. En ese instante todo el mundo se desvaneció y nos quedamos solas ella y yo. Seguía moviéndose, se me aceleró el bombeo de la sangre, una gota de sudor recorría mi espalda. Llevaba una blusa de terciopelo azul que destacaba su perfecto escote, estaba guapísima y sensual. Me miro y me regalo una de sus sonrisas. Se acercó hacia mí y siguió bailando. Yo mire hacia Georgina, seguía a sus anchas con el mismo tío, esta vez bailando muy pegados. Me volví hacia Martina y me encontré con esos ojos claros penetrantes. Puede sentir como la adrenalina me invadía todo el cuerpo, conjuntamente con el éxtasis del alcohol hicieron que la agarraré por la cintura y la acercaré hacia mí, plantándole un beso en esos labios perfilados de un pintalabios color carmín. Sentí un hormigueo en mi barriga y mi boca no podía parar de besarla. De repente me agarro del brazo y fuimos dirección a los baños. Entramos en el primero que vimos vacío. Nos quedamos unos instantes una en frente de la otra. ¿Qué se suponía que hacíamos allí? Mear estaba claro que no. Entonces me agarro por la nuca acercando mi boca hacia la suya. Y empezó a besarme despacio, con cuidado, en silencio. Me agarraba cada vez con más fuerza, notaba sus dedos enredados entre mi pelo. La rodee con mis brazos, la atraía cada vez más hacia mí. Nuestras bocas iban cada vez más aceleradas, despacio metí la mano por dentro de su camisa empecé a acariciarle la espalda y disfrute del tacto de su piel tan suave. Ella bajo sus manos hacia mis glúteos pasando por mis caderas hasta llegar a la parte delantera. Empezó a bajarme la cremallera del pantalón y con cuidado me desabrocho el botón del pantalón. Notaba como me subía un calor explotándome en la cara. Le cogí la mano y la guie hacia dentro de mis bragas. La respiración se me aceleró, me aparto el pelo del cuello y me beso el lado derecho de este, lo recorrió hasta llegar a la oreja. Metió sus dedos poco a poco y allí mi respiración acelerada paso a ser un jadeo. Eso la excito más haciendo que acelerara el ritmo de sus movimientos.

De repente un golpe seco en el baño de al lado. Un grito de una voz conocida y silencio. Se detuvo esa euforia que nos invadía, de golpe.

Nos miramos, aún excitadas. – Lo has escuchado verdad? – me miró con los ojos como platos y asentí despacio.